

Antonio Irazoz

El Cubanismo de la Avellaneda

ATRIBUYESE a una respetable institución —no sabemos cuando se tomó oficialmente el acuerdo— oponerse a que el futuro teatro nacional lleve el glorioso nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda. ¿Causa? Considerar que fué española la gran poetisa camagüeyana. A pesar de que el asunto se ha debatido por nuestros historiadores y críticos, yendo hasta el fondo y presentando pruebas extraordinarias de que Tula es nuestra, amó intensamente a su patria, y aprovechó todas las oportunidades para exaltarlas, se persiste por algunos en el error de negarle a la mujer más extraordinaria que hemos dado su cubanismo meritorio.



Todavía nuestra Tula sigue víctima de una calumnia. Bien lo explicó ella misma con indignación en su carta a don Luis Pichardo, fechada en Sevilla, el 13 de noviembre de 1867. El origen de la vil especie de que no quiso se le incluyese como poetisa americana, con lujo de detalles lo aclara en esa epístola. Sinceramente lo dice: "No podía sospechar que un corazón cubano fuese capaz de inventar una mentira mal intencionada".

Cuba, por entonces, era una provincia española. No debe negarse que España contribuyó mucho a la consagración de la Avellaneda como poetisa,

dramaturga y novelista. De haberse quedado en Puerto Príncipe no hubiera llegado a ser la Avellaneda. Pero sus sentimientos eran cubanísimos. De Cuba se despide en el famoso soneto, "Al Partir", la llama con epítetos amorosos, y le dice que do quier que el hado en su furor le impele "tu dulce nombre halagará mi oído". A las cubanas, sus compatriotas, las estima siempre sus hermanas y cantó su belleza femenina.

Cuando vuelve a La Habana con su esposo el coronel Verdugo, en 1860, enfáticamente lo declara: "Si orna algún lauro mi frente, en esta orilla nació".

Cuando muere José María Heredia compone una oda que rebosa de patriotismo. Heredia muere desterrado por sus ideas políticas. Ella, en España, agasajada por las figuras más notables de la política peninsular, por los más esclarecidos escritores, lanza su grito doloroso: "¡Murió el férvido patriota!" Y en esa misma composición argumenta: "La patria es el ídolo puro de las nobles almas", y, en Heredia fué "objeto dulce de su eterno anhelo".

Por último, al reunir sus obras completas, las dedica todas a Cuba y escribe: "en pequeña demostración de grande afecto a mi Isla natal, a la hermosa Cuba".

Los aspectos de la cubanía de la Avellaneda fueron estudiados y discutidos cuando el Centenario, por boca de figuras tan esclarecidas como don

Enrique José Varona, como don Mariano Aramburo, como Figarola Caneda, como Alfredo Zayas, como Chacón y Calvo. Se proclamó el ardiente amor a su tierra nativa de la excelsa mujer. Tula no perdió oportunidad, hasta en los temas de sus novelas, de preocuparse por Cuba, de los mismos problemas que la entristecían, como la esclavitud de los negros. Y en el simple hecho de dedicar unos versos a su buena amiga la Condesa de San Antonio, —que casó con el general Serrano, Duque de la Torre, y fué Regente de España,— con motivo del nacimiento de su primogénita, invoca a las ondinas del Táyaba y del Tinima y con flores que arranca del valle del Yumuri, perfuma la cuna de la niña y la mece "entre cafetos y piñas" y exclama: "Nace cubana, y con Cuba —es por su padre bendita".

En el propósito inexplicable de negarnos a nosotros mismos una gloria que nos pertenece, se argumenta que se casó en 2 ocasiones con españoles. Bueno, ¿y qué? ¿No fué cubanísima doña Aurelia Castillo de González, expulsada por Weyler de Cuba? Pues estaba casada con un militar español. Y Magdalena Peñarredonda, la agente de Maceo en Vueltaabajo, mambisa irreductible, también se casó con un español integrista... Ambas estaban en Cuba. La Avellaneda toda su juventud y madurez la pasó en España y no era cosa de importar un novio de su tierra tropical...

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA